

CIUDADANÍA, PUEBLO, TRIPULACIÓN Y PASAJE. CUATRO NOTAS ACERCA DEL *PROCÉS*.¹

ÁNGEL DUARTE MONTSERRAT

Universitat de Girona. Departament d'Història i Història de l'Art

Resumen

El proceso decisionista/soberanista catalán, en la hipótesis de partida de esta aportación, ha permitido la exitosa conformación tanto de un momento como de un sujeto popular al que, en este último terreno, se le atribuye la doble condición de tripulación y pasaje en una navegación que habría de llevar a un escenario, de reminiscencias utópicas, que culminaría, en tanto que horizonte emancipador, en la veterana fórmula del Estado-nación. La conformación de este sujeto popular constituido en continuum –en el relato y en las prácticas de movilización- tuvo, por lo demás, efectos neutralizadores –que no, obviamente, anuladores- del conflicto social en el interior de la sociedad catalana en un contexto en el cual el término crisis asumió los rasgos de un “floating signifier” à la Lévi-Strauss.

Palabras clave: Cataluña, proceso soberanista, independencia, utopía, crisis.

Abstract

Catalan decisionist / sovereignist process in the hypothesis of this contribution, enabled the successful formation of a popular subject that, in the latter field, is credited with the double condition of crew and passengers in a navigation that would lead to a scenario with utopian memories that would culminate, as a emancipatory horizon, in the veteran nation-state formula. The formation of this popular subject constituted in continuum -in the story and practices mobilization- had, moreover, neutralizing effects of social conflict within Catalan society in a context which the term crises assumed the traits of a "floating signifier"à la Levi-Strauss.

Key words: Catalonia, sovereignist process, independence, utopia crisis.

¹Tengo que agradecer a Paola Lo Cascio su amabilidad al facilitarme diversos materiales que, lamentablemente, no he podido incorporar adecuadamente al texto. El lector encontrará en la aportación de la colega mucha más claridad expositiva y fuerza argumental que en las líneas que siguen. Así mismo, quiero reconocer a Alex Quiroga y a Steven Forti el haber creado el espacio en el que fue posible una primera discusión en relación a una problemática que deberemos seguir pensando. Una historia del todo abierta.

NOTA PREVIA

En lo que llevamos de la segunda década del siglo XXI la sociedad catalana ha vivido un proceso de movilización ciudadana sin precedentes en la reciente historia española. El *procés* comienza, mes arriba mes abajo, en el momento preciso en que el movimiento de los indignados, el 15M, hace eclosión. Aunque en apariencia dotado de una gran carga desestabilizadora para con el sistema político, la agitación vinculada a esas jornadas que arrancan en Sol ha modificado la estructura de partidos pero no ha sido equiparable al susodicho *procés* ni por la creciente radicalidad de la agenda (del derecho a decidir a la independencia) (LOPEZ, 2011; NOGUERA, 2015; MORENTE, 2015), ni por la intensidad emocional desplegada en las manifestaciones (acorde con la apreciación agónica de la nación), ni por el encadenamiento y ordenación persistente en el tiempo de todo tipo de actos y gestos, ni por el nivel de implicación de los marcos institucionales de la Generalitat (incluyendo tanto al ejecutivo como al legislativo) y de un sinnúmero de municipios asociados entre ellos, de los denominados espacios comunicacionales, de los lugares de sociabilidad convencionales (de la asociación de padres, al *esplai* o la *colla casteller*) y de las más avanzadas redes sociales.

Para entendernos, el *procés* se ha constituido –en rigor debería cambiar de tiempo verbal y pasar al presente dado que no se trata de un proceso cerrado- en un largo momento en el cual recursos que parecían obsoletos en tiempos posmodernos –el impulso utópico- o estigmatizados por aparecer sin excesivos matices asociados a la extrema derecha antieuropeísta y xenófoba - la variante de *heimat* que apenas se disimula con el recurso a la fórmula *nou país*- se convierten en alimento para procesos de acción colectiva que se perciben a sí mismos como democráticos y emancipadores.

No es el objetivo de este texto el analizar en toda su complejidad el referido *procés*. Me limito a apuntar algunas consideraciones a la luz de la problemática del uso de materiales culturales de matriz utópica y del recurso a la apelación al pueblo en la medida que puedan ser útiles a una reflexión sobre el populismo en sociedades de capitalismo avanzado y democracia representativa consolidada.

1. UNA METÁFORA PARA UNA NACIÓN, UN LLAMADO A UN PUEBLO

El 24 de marzo de 2012, Artur Mas, presidente de la Generalitat de Catalunya, anunciaba: “Hem posat rumb a Ítaca”². La afirmación tenía la fuerza de un llamado inaugural, de una *crida* que emplazaba a una empresa colectiva. El presidente incitaba a sus compatriotas a actuar.

La metáfora náutica, la de la travesía, venía a tomar el relevo a otra que llevaba usándose desde el verano de 2011. Se trataba esta última de una metáfora ferroviaria y catastrofista. Jordi Pujol aprovechando un marco favorable a las declaraciones nacionalistas *fuertes* –la Universitat Catalana d’Estiu- había valorado que el acuerdo entre socialistas y populares para modificar la constitución fijando un techo a la capacidad de gasto a las autonomías ponía en riesgo la operatividad de las mismas y abría una circunstancia en la que resultaba previsible –y exigible- que pasase *algo*. Dejando de lado la indefinición del pronombre, lo que apuntaba en el horizonte - para “els anys immediats”- era un choque de trenes³. La expresión resaltaba el momento excepcional que afrontaba el catalanismo político. Pujol, que recibía el premio Canigó a una trayectoria de más de sesenta años llamaba a revisar la acción pasada y los proyectos de futuro. La imagen usada remitía a una colisión frontal entre locomotoras institucionales, a máquinas enloquecidas que transitaban a toda velocidad hacia el futuro y arrastraban, tras ellas, a países en conflicto. En dicha imagen, los sujetos aparecían neutralizados. Se daba por descontado que los vagones no iban vacíos. Pero en ningún momento la metáfora atendía a los efectos que el topetazo pudiera tener en los viajeros. Era, la de Pujol, una metáfora en la que el protagonista –ferrocarril aparte- eran unos catalanes a los que se reclamaba para los tiempos inmediatos seriedad, preparación

²Agència Catalana de Notícies, 24 de marzo de 2012.

³<http://www.naciodigital.cat/noticia/34507/pujol/augura/xoc/trens/amb/reforma/constitucio> [Consultado: 03 de octubre de 2016]

y fortaleza. El sujeto colectivo no adoptaba, sin embargo, una forma precisa. Por el contrario, la que utilizaba Mas tenía una gramática y una propuesta de regimentación muy distinta.

El punto de partida era el mismo. Arrancaba de la constatación, como en la imagen de Pujol, que desde el punto de vista del nacionalismo autonomista las posibilidades de continuar ampliando o siquiera de mantener la capacidad operativa de las instituciones regionales estaba siendo laminada. En la diagnosis se ponía el acento en dos aspectos: la transferencia continuada de rentas a regiones pobres y subsidiadas y la situación de supuesto riesgo a la nación cultural por razón de las políticas recentralizadoras de los gobiernos del Partido Popular. España era, por una y otra razón, un lastre.

La voz dada por Mas contenía más de una novedad. Nos interesa, a efectos de un análisis sobre populismo y sus posibilidades de uso analítico, tener presente una de ellas. Era una voz que implicaba, en ella misma, una tarea: marcaba un puerto de salida y un itinerario, un destino que reunía las condiciones de una tierra prometida y el procedimiento a seguir para alcanzarlo. Enunciar la marcha equivalía a empezar a realizarla. Tras atravesar el desierto y llegar a las orillas de un mar azul, aseguraba el presidente, el pueblo de Cataluña, todo él, debía embarcarse en un viaje. De hecho, como pondría en evidencia la agitación nacionalista que se vivía desde hacía algunos años, una parte de ese pueblo habría decidido navegar hacia la isla mítica por su cuenta y riesgo. Lo habría hecho, según entendían un buen número de analistas y creadores de opinión, anticipándose a sus representantes parlamentarios y a los programas y a las candidaturas electorales a las que mayoritariamente venían otorgando sus sufragios elección tras elección.

La declaración del 24 de marzo, inscrita en lo que era presentado por sociólogos y politólogos, columnistas y filósofos varios, como un estadio de creciente autonomía de la acción social respecto de las élites políticas que las venían representando en las instituciones, poseía la doble función de embridar y estimular a las multitudes en una determinada dirección. La palabra presidencial participaba de diversas cualidades. Condiciones imprescindibles si de contener y empujar a un sujeto colectivo, y hacer todo ello al mismo tiempo, se trata. La palabra de Mas compartía los atributos de las voces sagradas que ahogan toda capacidad significativa para ganar, por contraste, poder performativo. Dicho de otro modo, era una de esas voces que no describen un hecho sino que realizan el acto mismo en el instante en el que emiten el enunciado. Además, lucía un cierto carácter conclusivo. Expresar “ens hem embarcat” era hacer una de esas afirmaciones que no requiere, por su misma naturaleza, de ninguna demostración es, como habría sostenido Gustave Le Bon en los albores de la sociedad de masas, “pura y simple”, libre de todo razonamiento y de toda prueba. (LACLAU, 2012: 31) Lo que, en la práctica política del día a día, le confiere una posibilidad de influencia muy por encima de la capacidad contradictoria de cualquier aserto o conjunto de proposiciones que se le oponga.

El piélago que se desplegaba ante los ojos del pueblo catalán –nación en sí y (¡por fin, tras más de trescientos años!) para sí- una vez doblado el cabo de la autonomía acaso era un mar ignoto para el catalanismo incontestado y transversal de la Transición, pero no un mar del todo inesperado. Figuraba con imprecisos trazos en las cartas de navegación del nacionalismo. Se sabía que estaba ahí aunque muchos catalanistas no se habían decidido a adentrarse en él. Acaso por ello, por esa indefinición primera del catalanismo político mayoritario respecto del horizonte secesionista, era un mar del que no se disponía de un inventario preciso acerca de los arrecifes, escollos y sirenas tentadoras que pudieran encontrarse durante el trayecto. Todo tipo de obstáculos puestos ahí para procurar desbaratar el viaje.

El acto de habla de Mas se presentaba en sociedad como un hecho en buena medida individual, como un gesto personal. Era el decir de un dirigente ubicado al frente no ya de un gobierno sino el de un líder, con un espontáneo y breve momento carismático, de un país que no habría encontrado en las autoridades del Estado, al que la comunidad nacional pertenecía, otra actitud que la negativa. Era un acto, aseguraba el propio interesado, de su estricta responsabilidad. Pero daba pie, al mismo tiempo, a un suceso perfectamente inteligible dado que se inscribía en una continuidad de lenguaje. La *crida* del presidente usaba recursos que estaban a su disposición desde hacía tiempo, explícitos e implícitos, de amor a lo propio y de indiferencia cuando no de hostilidad y odio a lo que pasa a ser considerado ajeno, y que eran comprendidos por los plurales auditorios que, en tanto que fragmentos del pueblo catalán, lo atendían. Eran comprendidos, y en mayor o menor medida compartidos, por todo nacionalista. Y, lo que resultaba más novedoso, y decisivo, aún más allá de los límites de quienes participaban de la condición de

tales (de nacionalistas).

Las aguas que ahora, en la segunda década del siglo, abrían la posibilidad de la travesía –por seguir hasta el mareo con la metáfora marinera del presidente Mas- habían sido previamente alimentadas. Los mares que al presente nos podrían llevar a Ítaca marcaban, en la primavera de 2012, un nivel alto y habían bebido de ríos y caudales muy diversos que no serán, aquí y ahora, objeto de nuestra atención. El “despertar” de la conciencia colectiva de la nación a través del uso de elementos históricos, culturales y lingüísticos era, y es, un dato conocido y verificable. Como lo es que los catalanes, en tanto que grupo y yendo como les decía más allá de los nacionalistas, se identifican como un grupo “étnicamente” homogéneo y diferente. Ni entraremos en las escuelas catalanas ni en los *casals*, ni en los medios de comunicación escritos ni en los programas de humor televisivos, ni en las tiras cómicas de los periódicos centenarios ni en los libros de texto, ni en los programas conmemorativos de grandes episodios del pasado de la nación ni en la gestión de los pequeños y medianos municipios de comarcas, ni... No nos acercaremos, pues, ni a los instrumentos ni a los rasgos de un lento, paciente, democrático (en su recurso sistemático al apoyo electoral y a la acción institucional, tanto como en la acción social de los colectivos vinculados a la izquierda independentista), compulsivo (en no pocos momentos y a pesar de que todo nacionalista se resista a admitir este rasgo al considerarlo poco honesto) y al fin triunfante (dado que cuenta a día de hoy con toda suerte de logros, aquiescencias y resignaciones) proceso de *nation-building*.

En democracia, en el ahora denostado autonomismo del *régimen del 78*, había sido perfectamente factible la transformación de un grupo étnico, en el que operaba en una posición central y desde hacía una centuria una cultura nacionalista, en una nación con todas las letras y había sido posible en la medida que, entre otras razones, se habían politizado con éxito las diferencias culturales y las continuidades e incluso las rupturas históricas (SMITH, 1998).

Al formular su invitación al pueblo a subir a bordo nuestro Disko Troop era conocedor de todo ello. Venía estando, con algún paréntesis, en el puente de mando. Era consciente de la legitimidad emocional profunda de la “calidad de nación” entre los catalanes (ANDERSON, 1993: 20-21). O, si se prefiere, de lo hondamente interiorizado en la ciudadanía de la nueva forma de organización social procurada por una administración que, en los ámbitos educativo, cultural o simbólico había operado, de facto, como un Estado (GELLNER, 1983: 48).

Además sabía, lo que para el argumento que recorre estas líneas es relevante, del peso de las circunstancias coyunturales. Sabía de la puja al alza de las exigencias nacionales que se había registrado durante el proceso de elaboración de la reforma del Estatuto de Autonomía abierto en 2003 y cerrado, en una primera fase y en falso, en 2006. Estaba al corriente de la agresividad anti catalana, ocasional pero no por ello menos cierta y sangrante para no pocas sensibilidades, de segmentos definidos de la política y la sociedad española y de los efectos de la misma en la epidermis, y en lo que queda por debajo, de gran número de catalanes. Estos, a su vez, llevaban años enfrentando las duchas de agua fría que representaban las cíclicas negociaciones de la financiación autonómica: lo que, en un momento dado, se presentaba por los negociadores catalanes –convergentes o socialistas- como un éxito sin precedentes se convertía en meses, cuando no en semanas, en un episodio más del secular latrocinio castellano.

Si volvemos al ciclo del nuevo estatuto de autonomía, Mas estaba, por supuesto, al tanto de la extrema lentitud resolutoria del Tribunal Constitucional. Una lentitud que no hacía presagiar nada bueno. Había leído el editorial conjunto que las principales cabeceras de la prensa catalana –las de los doce periódicos con sede principal en el Principado- habían publicado el 26 de noviembre de 2009 apelando a la *dignidad* de Cataluña para presionar al TC. Preveía que la descriptiva lectura inicial según la cual el TC “avala la mayor parte del Estatut pero recorta 14 artículos” iba a ser reconducida rápidamente en términos poco menos que de atribución a los poderes del Estado de intenciones notorias de liquidación de la voluntad soberana del pueblo catalán. Conocía que su antecesor en el cargo, José Montilla, había tenido que abandonar de manera un tanto precipitada la manifestación del 11 de septiembre de 2010, convocada bajo el lema de *Som una nació: nosaltres decidim* a causa de, lo que era un supuesto dado su condición de advenedizo y su correlativo escaso ímpetu nacional⁴.

⁴<http://www.lavanguardia.com/politica/20100628/53954687453/el-tc-avala-la-mayor-parte-delestatut-pero-recorta-14-articulos.html>, http://elpais.com/diario/2010/07/11/espana/1278799202_850215.html
[Consultados: 04 de octubre de 2016]

En este orden de cosas, antes, mucho antes de la alocución de marzo, la viajera, se había podido contrastar en los hechos políticos del entorno más inmediato la lucidez del benjaminiano aviso a navegantes: al dotar al colectivo de rasgos humanos el individuo tiene que cargar con lo inhumano (BENJAMIN, II, 1991: 1102). O, lo que resulta de ello, que no hay otra que despreciar la humanidad en el plano individual para que ésta aparezca con potencia inusual en el plano del ser colectivo. Aunque sea la humanidad -o la *dignidad*, para apropiarme de un término que usarán hasta el tedio los propagandistas del *procés*- de quien, todavía por aquel entonces, ostentaba la más alta representación de la Generalitat, dirigía la acción del Govern y tenía la representación ordinaria del Estado en Cataluña⁵. *Botifler* fue lo más suave que Montilla tuvo que oír.

De todo ello era conocedor Mas porque, en lo enumerado, había tenido responsabilidades activas o actitudes pasivas: integraba el núcleo decisional que en 2011, aprovechando la ventana de oportunidad que se abría con la combinatoria de los efectos de la crisis económica e institucional a los que cabía sumar la mayoría absoluta lograda en las elecciones generales por el PP, optó por, abandonando el sempiterno tanteo reformista, ensayar el camino soberanista. Lo sabía porque, al fin y al cabo, y ello resulta fundamental para comprender por qué en un momento dado el principio utópico y el registro populista tienen posibilidades de amplio consenso social, se había logrado que la noción de agravio fuese incuestionable.

En marzo de 2012 el fin de un ciclo político apuntaba en el horizonte. Todo él. En Cataluña y en el conjunto de España y no sólo en materia de equilibrios y ordenaciones territoriales. No era sólo el Estado de las Autonomías lo que mostraba síntomas de disfuncionalidad. El sistema de partidos, los mecanismos de representación, las instituciones del Estado empezando por la Monarquía, la operatividad de las jerarquías dadas por supuestas, las políticas sustentadas en las lógicas de la austeridad y presentadas como inevitables para hacer frente a los efectos de la crisis eran cuestionadas por multitudes indignadas. La suma de retos a enfrentar era colosal y el propio catalanismo había llegado a un punto y aparte (LO CASCIO, 2016).

Las negras tormentas se cernían sobre Cataluña. El registro, sin intención de ser exhaustivo, contendría un gran número de indicadores que van de lo global a lo local en un pasaje de ida y vuelta. Las crisis económicas registradas en 1998, 2001 o 2008, la dilución de las soberanías de los estados nacionales en marcos por momentos distantes de la concepción democrático liberal de ciudadanía, la impugnación beatona de los estados providencia y/o del bienestar por unas clases medias hostiles sin admitirlo del todo a las presiones fiscales, las estandarizaciones culturales, el decaimiento de la usual forma partido como instrumento regulador de la participación democrática, el amodorramiento de dichos partidos y el taponamiento generacional que ejercían... por enumerar unas pocas cuestiones que se hallan detrás de las modalidades de acción colectiva a las que apuntábamos en el párrafo anterior y tras unas agendas políticas inéditas hasta hace poco, constituyen una trama de circunstancias históricas que no son específicamente ni catalanas ni españolas. Aunque, y el presente escrito pretende argumentarlo, en el caso catalán haya dado alas, contando con la referida sentencia del Tribunal Constitucional acerca del Estatuto de Autonomía, fechada el 28 de junio de 2010 y autenticada como el genuino *casus belli* –en rigor, la retahíla de *casus belli* sería, como corresponde a toda confrontación de identidades nacionales, infinita y se remontaría a la noche de los tiempos-, a una propuesta de viaje hacia un horizonte inédito para llegar al cual no es preciso –en referencia a la geografía institucional europea incluso resulta, parece ser, preferible no hacerlo- moverse de sitio.

Salir del “estado de crisis” –reconvertido por no pocos de los sostenedores de lo que acabaría siendo el horizonte utópico que nos ocupa en un genuino “floating signifier”, à la Claude Lévy-Strauss- en el que se supone ha tenido una responsabilidad determinante la administración del Estado –y la pertenencia a España-, ha llevado a la “sociedad catalana” –aproximadamente, por lo que parece, entre una tercera parte y la mitad de la misma - a comprar la idea de un viaje liberador hacia un *locus amoenus*, a sumergirse en los efectos euforizantes de la perspectiva utópica. Al mismo tiempo, cuando no por debajo de esa unanimidad aparente, y aprovechando la elasticidad del significante *crisis* se libraba, también, un pulso a propósito de cómo recomponer la hegemonía neo-liberal puesta en duda en los momentos iniciales de la recesión económica por movimientos que, con posterioridad, se han ido desvaneciendo y de cómo se renovaba la

⁵ Artículo 67.1 del Estatuto de 2006, en Parlament de Catalunya, *Estatut d'Autonomia de Catalunya. Text consolidat* [Cuarta edición, diciembre del 2012 (edició núm. 435)] Barcelona, 2012, p. 50.

representación política de los sectores que la ostentaban desde hacía décadas haciendo frente, en esta coyuntura, a las erosiones asociadas a los cambios generacionales y al atisbo de los vicios y corrupciones temporal pero convenientemente opacados.

Porque no está de más recordar que tampoco en Cataluña la interacción entre las élites políticas (nacionalistas) y el común no habían sido fáciles en los momentos iniciales de la coyuntura de crisis socioeconómica. Aquí, por poner un único ejemplo, también había gentes que llamaban a desobedecer y que podían llegar a acampar, en mayo de 2011 en la Plaza de Cataluña, hasta ser desalojadas alegando las autoridades necesidades de limpieza y de recuperación de los espacios públicos para la celebración de éxitos de clubes de fútbol. También aquí había tipos que podían dirigirse en grupo al Parlament y rodearlo para intentar evitar la discusión de unos presupuestos que validaban las lógicas referidas de recortes y liquidación de derechos sociales y prácticas asistenciales, entrar en un cuerpo a cuerpo con no pocos diputados y lograr que la presidenta del Parlament, el del Govern y no pocos miembros del ejecutivo y de la oposición tuviesen que entrar en sede parlamentaria en helicóptero⁶.

No era, esa, una manera de hacer política muy *catalana*. En la casa solariega se había cantado desde siempre a la divina acracia –algún osado ha llegado a asegurar sin rubor que constituye un rasgo diferencial más, idiosincrásico, de la cultura política catalana-, pero la furia anarquista había sido un producto de importación –desde los *murcianos* de la FAI a los italianos de la Barcelona post-92 (quienes cerraban el ciclo explicativo, y exculpatorio, de la rosa de fuego del cambio de siglo XIX al XX). En realidad, no fueron pocas las voces que empezaron a advertir, desde ese momento y aunque en los referidos movimientos tuvieran una cierta participación algunos militantes de la izquierda independentista, sobre los riesgos de infiltración neo-lerroujista –el viejo demonio con el que neutralizar el disenso- en el cuerpo de la nación. La contingencia se neutralizó, por unos años, en lo que respecta a los activistas vinculados a la Candidatura d’Unitat Popular. Incitar a embarcarse en una misma nave a quienes tenían una agenda en la que se combinaba la apuesta independentista como la anticapitalista y aún aquella otra que ante las insatisfacciones con la democracia representativa apelaba a la conformación de otra con un decidido perfil participativo permitía la imposible cuadratura del círculo: contener y espolear a las multitudes en clave canónicamente populista (VILALTA, 2016).

Con el aviso de que los catalanes habían puesto rumbo a Ítaca el presidente Mas había ofrecido a la ciudadanía un punto de partida axiomático. Se había situado en una posición desde la cual, se sobreentendía, era posible sintetizar la situación total y definir nuevas legitimidades. De la interacción entre el llamado presidencial y los cambios en la opinión pública dieron cuenta los distintos estudios demoscópicos. Lo hicieron tanto los llevados a cabo por el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) y el Centre d’Estudis d’Opinió (CEO) como los encargados por diversos medios de comunicación. Todos constataban, con matices, el aluvión de apoyo reciente al independentismo a partir de 2010 y, especialmente, entre 2011 y 2013, y desde entonces. Grosso modo el aumento fue de unos veinte puntos porcentuales pasando de 25 % del apoyo popular al 45 %. En la primavera de 2012 la toma de posición del presidente no resultó en absoluto ajena a un salto nada desdeñable en el apoyo ciudadano al horizonte de la secesión. Ese año las tres oleadas del Barómetro de Opinión Pública del CEO se realizaron el 2 de marzo, el 27 de junio y el 8 de noviembre. Los porcentajes de los encuestados favorables a la forja de un estado independiente pasaron del 29,0, al 34,0 y al 43,3 % respectivamente⁷.

2. EL PASAJE Y LA TRIPULACIÓN

Con las instituciones del país situándose, pues, donde siempre habían estado desde mediados de la década de 1970 –o sea, al frente de su pueblo y alimentando una *sociedad civil* carente de autonomía real respecto del poder político (UCELAY DA CAL, 2008)- el viaje formalizado por Mas no se correspondía tanto con un diagnóstico de la situación –este había sido establecido previamente: el Estado español acumulaba una deuda en todos los órdenes que crecía, a

⁶Crónicas en http://elpais.com/elpais/2011/05/27/actualidad/1306484229_850215.html, <http://www.naciodigital.cat/noticia/25411/acampada/placa/catalunya/resisteix/neteja> o <http://www.ccma.cat/tv3/alacarta/programa/elparlament-assetjat/video/3577890/#>

⁷Véase <http://ceo.gencat.cat/ceop/AppJava/pages/estudis/categories/lListaCategoria.html?collId=3&lastTitle=Bar%F2metre+d%27Opini%F3+Pol%EDtica>

cada hora que pasaba y exponencialmente, para con Cataluña- cuanto con una orientación para la acción, se formulaba no tanto como una profecía cuanto como un mecanismo concreto de transformación de la realidad autonómica existente. Mediante la enunciación del viaje, al dar un significado y afirmar un valor a la agitación social, los hechos que están por llegar se insertan en una situación “en que la actividad y la contra actividad se podrán distinguir, y en que la totalidad de los acontecimientos se organizarán en un proceso” (MANNHEIM, 2010: pos. 721).

2012, el año del anuncio, acabaría siendo, acaso por la asunción vehemente de la misma noción de *proceso*, un tiempo sazonado de acontecimientos. Azarosos o no, todos ellos serán presentados ante la ciudadanía, y gracias a la fórmula encontrada por Mas, como los primeros momentos de una navegación hacia el destino final. En septiembre, la organización de la tradicional manifestación que se incluía en la agenda de actos de la Diada Nacional corrió a cargo de la Asamblea Nacional Catalana y llevaba el inequívoco lema de *Catalunya, nou estat d'Europa*. La multitud colapsó calles y avenidas del centro de Barcelona. Como suele ocurrir en estos casos, y como ya había pasado en 2010, las apreciaciones sobre la magnitud que se congregó en el espacio público variaron mucho. En esta ocasión y en cualquier caso, tanto los seiscientos mil participantes anotados por la delegación del Gobierno de España en la ciudad condal como el millón y medio aducido por unos organizadores que se reconocieron desbordados en sus previsiones daban cuenta de una presencia masiva, de un éxito de participación irrefutable. La manifestación había reunido un gentío que remitía a eventos anteriores de gran significación colectiva: desde las primeras grandes concentraciones autonomistas durante la Transición, cuando la manifestación por el Estatuto de 1977, a las respuestas colectivas dadas con motivo de las protestas contra la guerra de Irak en 2003. Lo hacía, sin embargo, haciendo uso de formas de movilización social relativamente nuevas y experimentadas en los años anteriores. Por supuesto, entraba en competencia directa, explícita o implícitamente, con la reciente ocupación de las calles por los *indignados*.

En septiembre de 2012 las formaciones políticas que habían ocupado el espacio central en la política catalana y habían administrado las instituciones del país se sumaron a una revuelta que se presentaba como travesía. Así mismo lo hacían los movimientos sociales y, a cientos cuando no a miles, las organizaciones de la denominada sociedad civil que desde mucho antes habían optado por Ítaca. Con un punto de exageración afirmaré que a todos y cada uno de quienes deliberadamente eligen participar en ese y en los sucesivos 11 de septiembre se les podría aplicar una pertinente y doble reflexión: la de que “el instante de la revuelta determina la fulmínea autorrealización y objetivación de sí como parte de una comunidad” –el pueblo catalán-, y la no menos importante en el caso de una Barcelona que siempre había jugado el doble papel de madre fecundadora y de madrastra despreocupada para con la nación, la del hacerse nacionalmente con la urbe disolviendo dudas y la de sentirse parte plena de ese sujeto, “a la hora de la revuelta, dejamos de estar solos en la ciudad” (JESI, 2014: 70-72).

Era claro que, con el presidente del país al frente, la participación popular genuina y efectiva proseguiría y se amplificaría y que a ella se sumaría, contribuyendo a potenciar y ampliar la ola, la *seudoparticipación* (LACLAU, 2012: 24-26) del gobierno y de la televisión y los medios que éste gestionaba o controlaba indirectamente. Una suma con unas potencialidades inexploradas. Una adición que aseguraba, como mínimo, la subalternidad, de quienes otorgaban otro significado a la revuelta del momento y facilitaba el encaje, hasta el abrazo fraterno, de segmentos de la contestación social presentes en las agitaciones de los meses finales de 2011.

¿Quién está llamado a embarcarse hacia la isla de la utopía nacional? Uno de los rasgos esenciales del *procés*, y una de las razones de su indudable éxito, ha sido la simplificación del campo político. Desde sus primeros momentos quienes participaban desde arriba y desde abajo en el mismo, siempre desde dentro, procedieron a ejercicios de designación –“unionismo”- que aunque resistidos en algunos casos por los designados tuvieron éxito y han acabado convirtiendo en operativo un esquema dicotómico que opone soberanismo a unionismo. Ciertamente, estos ejercicios de designación binaria han sido ensayados desde el campo de separatismo/secesionismo... A quien han dejado en un terreno de difícil presencia ha sido a las propuestas de signo federal, a su vez marcadas por una amplitud de significados no menos impreciso. Lo que clarificaba era un “sí” -al que acudíamos “juntos”- o un “no”. Pronto el “sí” se convertiría en un más conclusivo, y cerrado, “sí-sí”

¿El pasaje lo era en tanto que ciudadanía –sujeto colectivo de derechos y deberes- o en tanto

que pueblo, protagonista último de su destino aventurero? ¿O era ambas cosas, ciudadanía liberal y sujeto populista? ¿El pasaje se limitaba a una condición pasiva o bien, en tanto que pueblo, asumía los roles usuales de la tripulación? En este punto la ambigüedad juega a favor del *procés*. El 27 de septiembre de 2012 el Parlament de Catalunya era el escenario de una sesión plenaria que tenía por objeto formal debatir sobre “l’orientació política general del Govern”. Eran las semanas de tránsito entre el verano y el otoño de 2012, un momento álgido del proceso. Dieciséis días antes había tenido lugar la multitudinaria celebración de la Diada Nacional. Convocada por la Asamblea Nacional Catalana (ANC) la manifestación logró reunir entre 1 millón y medio de personas y seiscientos mil, según las fuentes. Se trató de un acto inequívocamente independentista. El lema que lo presidía, “Catalunya, nou estat d’Europa” no permitía equívocos. No se trataba, como en anteriores ocasiones, de reclamar la condición nacional sino de exigir para la misma la concreción político-administrativa de Estado.

Detengámonos en la resolución aludida en las primeras líneas de este texto e intentemos aproximarnos al uso de las expresiones ciudadanía y pueblo⁸. Han sido, dice la resolución, los ciudadanos los que se han manifestado el día 11 en las calles. Lo han hecho, como es propio de la condición ciudadana, de manera pacífica. La masiva respuesta en las calles es presentada como un punto y aparte en la trayectoria del catalanismo político y como un punto y final en los intentos denodados del mismo por encontrar un “encaje” político de Cataluña en el Estado. Desde este momento, asegura la resolución, Cataluña debe hacer su propio camino y el sujeto colectivo pasa a ser el pueblo catalán. Es éste, con sus múltiples experiencias y exigencias, concretadas en el enunciado derecho a decidir, el que debe disponer del futuro. La ciudadanía se transforma semánticamente en pueblo desde el momento en que deja de expresar una insatisfacción o una serie de anhelos, y de hacerlo a través de los marcos legales en vigor, para pasar a combatir sin ambages la primera y a hacer realidad los segundos mediante la cooperación participativa en la construcción de una nueva legalidad.

En los párrafos siguientes del citado documento se siguen alternando los conceptos ciudadanía y pueblo. En realidad, la alternancia no es azarosa. El sintagma ciudadanía aparece asociado a consenso, a ausencia de coacciones, a hoja de ruta, a negociación con la Unión Europea y con las autoridades del Estado español. El vocablo pueblo aparece asociado, de forma límpida, a intrepidez y a futuro colectivo. El rasgo que lo define es la unicidad y los derivados tienen que ver con la voluntad. Los ciudadanos y las ciudadanas serán los sujetos de la consulta y, por lo demás, son los que tienen “butxaques” –o sea, son los contribuyentes. Quien se autodetermina es el pueblo. Un pueblo al que sólo podría detenerse mediante “una intervenció militar per part d’Espanya”. La memoria histórica de ejército versus pueblo es estimulada, y lo será en los años siguientes, con el *recuerdo* edificado de 1714 e incluso, llegado el caso, de los bombardeos en el Ochocientos o los procesos y fusilamientos tras la Guerra Civil: por momentos la sombra amenazadora de Montjuïc parece volver a planear sobre la ciudad. Ahora dicha circunstancia no sería aceptada por los organismos (no por los pueblos, aquí accidentales o supuestos) europeos e internacionales. Al cabo, los catalanes son, además de pueblo, ciudadanos de Europa. Es la “societat catalana” la más interesada en mantener “un sol poble”. Ello no es difícil, se argumenta, en la medida que el ciudadano sentimentalizado, agraviado, atacado en su *dignidad*, espiritualiza e idealiza sus aspiraciones y reacciona unitariamente.

Por supuesto, en los textos que emanarán de los órganos creados para desplegar las lógicas teóricas e institucionales que han de dar consistencia al *procés*, son las instituciones las que toman el relevo y se encargan de diseñar las estructuras administrativas al tiempo que dan respuesta, o se supone que las dan, a las necesidades ciudadanas concretas. Ciudadanía y pueblo desaparecen en cuanto se entra en el análisis de los problemas socioeconómicos, políticos o culturales y en las exigencias parlamentarias. El pueblo ya ha hecho su función. Ha tenido sus momentos de gloria en las movilizaciones urbanas, en los plenos municipales –en tanto que vecindario que deja de ser mero público- e incluso, como vemos a continuación, en iniciativas de gran interés para la comprensión de las potencialidades del momento populista.

⁸ Butlletí Oficial del Parlament de Catalunya, n. 309, 2 de octubre de 2012, pp. 3-10.

3. LA ERA NUEVA QUE SE VISLUMBRA ATIENDE A UN DESEO Y CONTIENE CERTIDUMBRES Y ESPECULACIONES.

Hagamos un salto en el tiempo. Con vistas a la jornada del 9 de noviembre de 2014, día de la consulta popular sucedáneo del por el momento imposible referéndum, la Asamblea Nacional Catalana propició una campaña interactiva de participación bajo el rótulo *Ara és l'hora*. La consulta popular sería la puerta al territorio en que sería posible concretar los variados anhelos del pueblo catalán. La cartografía política y moral de la nueva Cataluña había de ser el fiel reflejo de todas las aspiraciones de aquellos que se hallaban embarcados –se diluían las fronteras entre tripulación y pasaje– en dirección a Ítaca. La ANC llamaba a expresar deseos y certidumbres. Las dudas, las aprensiones y los miedos quedaban excluidos con independencia de que tuvieran poca, o mucha, base racional. Como en todo proceso utópico, como en casi todas las coyunturas populistas. En un proceso utópico no sólo se excluyen los miedos sino, incluso y con independencia de la base racional que los sustente, el derecho a tenerlos (NOZICK, 2014: pos. 1544 y ss.). El corolario es que se suelen multiplicar los actores irresponsables respecto del miedo o las aprensiones para con un horizonte que no deviene más preciso, sino al contrario, con el paso del tiempo, de los meses, de las semanas y, con relación al *procés*, de los años. Es más, en la medida que la mentalidad utópica se expande “el inconsciente colectivo, guiado por una apasionada representación y por una decidida voluntad de acción, oculta ciertos aspectos de la realidad. Vuelve la espalda a todo aquello que debilitaría su creencia o paralizaría su deseo de cambiar las cosas” (MANNHEIM, 2010: pos. 1040-1042).

Se trataba era de reforzar la *creencia* dando la oportunidad de explicitar las *esperanzas*. El abanico contemplaba aquellas verosímiles, en el caso de culminar con éxito la empresa secesionista, junto a otras que se situaban en un plano decididamente quiliástico. De alcanzarse el éxito, mediante una solución negociada con el Estado o a través de una Declaración Unilateral de Independencia (reclamada por los segmentos más audaces de la marinería embarcada), parece evidente que uno de los anhelos más vívidamente expresados se lograría en plenitud. Me refiero al relativo a la visibilidad de la nación. Una línea petitoria, bien perfilada, que incluía fórmulas del tipo “Quiero un país que todo el mundo conozca”, “quiero un país que exista y que se le reconozca” o “quiero un país que sea reconocido internacionalmente”⁹. Se aspiraba a que Cataluña dejase de ser considerada, por los de fuera, como región –en términos políticos– para dar paso a una nación que se integrase en pie de igualdad con los restantes estados nacionales reconocidos en el sistema internacional, por la Unión Europea y por Naciones Unidas. El *querer* salir de la condición *nacional* anónima –lo que equivaldría a *regional*– constituye un argumento usual, y central, en las agendas de liberación nacional que han florecido en el escenario continental –tanto a un lado como al otro de lo que en otro tiempo fuera el telón de acero. La cuestión es que tan decisivas como estas aspiraciones políticas a las que se podía llegar mediante un razonamiento coherente resultaban aquellas otras que reflejaban una aspiración contraria a lo formulado con anterioridad.

“Quiero un país donde se pueda decidir la política agraria que queremos” constituye un ejemplo cabal de esa contradicción radical que operaba no obstante con toda libertad. El *procés*, se aseguraba en las corrientes centrales, proponía una Cataluña estado-nación que permanecía en Europa. El propio presidente Mas lo hacía, en más de una ocasión, advirtiendo de que eran conscientes que el marco era, inevitablemente, de soberanías compartidas. Y, sin embargo, el anhelo de algunas voces agrarias –así como de otros ámbitos de la actividad productiva o de la vida cultural o... – apuntaba a una plenitud de capacidad decisoria que resultaba incongruente con el europeísmo –entendido como pertenencia a la UE realmente existente– del que hacía gala el proceso como tal a través de sus liderazgos más populares. Estas contradicciones en última instancia se resolverían en el porvenir pleno¹⁰.

No eran, tampoco, las más arriesgadas a efectos de erosionar la indefectible unanimidad del

⁹Véanse, por ejemplo, los perfiles siguientes: <https://www.araeshora.cat/es/perfil/jordi3>
<https://www.araeshora.cat/es/perfil/agnes> <https://www.araeshora.cat/es/perfil/albert>

¹⁰Véase, por ejemplo, el perfil siguiente: <https://www.araeshora.cat/es/perfil/cesc>

sujeto populista para el impulso utópico. La cohesión de una sociedad multicultural –y pluri-lingüe (la posibilidad de ceñirse al bilingüismo resultaba imposible: complicaba la claridad con la que se definía el “ellos” y disgustaba a las bases históricas del nacionalismo)- pasaba por la incorporación en pie de igualdad tanto de los castellanohablantes al cuerpo de la nación a través de una iniciativa que subsumía posibles contradicciones sociales en un único pueblo –la creación de una plataforma específica, *Súmate*, constituía en esencia una confirmación del carácter plurinacional de una nación sometida toda ella a la opresión ejercida por las élites extractivas del Estado- como de los ejercicios de presencia de las colectividades de inmigrantes magrebíes, pakistaníes, latinoamericanos,.. Todo ello exigía, en un balanceo compensatorio forzado, el mantenimiento como eje central de una aspiración como la que una agente literaria dejaba inserta en la página de los deseos: “quiero un país con una literatura y una cultura independientes”, una intervención que concluía deseando que la independencia fuese “un auténtico best seller”. La utopía adopta, por momentos, formas prosaicas, de mercado, estandarizadas. La independencia cultural dará paso a un vivir popular sin imposiciones en materia de lengua. Lo que se ha venido dando hasta el momento –durante tres siglos, bajo el franquismo, con la autonomía y la inmersión lingüística- oscila, según el relato, entre la negación de la lengua propia y el haberse producido el “enderezamiento definitivo” (sic) de la misma ¹¹.

El éxito de la iniciativa *dazibao* radicaba en el hecho que los deseos populares trascendían el terreno de los anhelos políticos. El abanico de expresiones de buenos deseos era amplio, recurrente y naïf. Estaba, como ocurría con la presencia infantil y familiar en los actos de masas, intencionadamente alejado de todo sustrato supremacista: “Quiero un país donde la gente diga buenos días a su vecino”, “quiero un país que se llene de risas”, “quiero un país donde la gente, cuando se mira a los ojos, se reconozca”¹². Esos rasgos serán posibles, dado que en este plano, el de la buena vecindad, Ítaca deviene metáfora hogareña: cada uno vivirá en un domicilio autónomo, independiente. No falta, de hecho, la imagen de dos casas autónomas, habitadas por vecinos, amables los unos con los otros. Una estampa que remite tanto al componente de casa solariega que contiene toda utopía nacional como al urbanismo *american way of life* como, en fin, a la utopía macianista –y decididamente populista- de la casa i l’hortet en los años treinta (MUMFORD, 2013; UCELAY DA CAL, 1982). Un plano que irradia, en su simplicidad de paredes maestras, luz sobre un vivir que estará presidido por la “franqueza por ambas partes y cada uno en su casa”¹³.

En definitiva, más allá de un nuevo Estado la transformación que tendrá lugar afectará de lleno a las relaciones humanas. Factores presentes en la vida social como el conflicto y la violencia se atemperarán en beneficio de la plenitud del deseo de felicidad y de la creación no ya de un sujeto soberano sino de un sujeto en el que los vínculos afectivos –amables, por supuesto- serán evidentes, palpables como lo fueron en las cadenas humanas o en las manifestaciones de los últimos 11 de septiembre. Es esto, tanto como el argumento crudamente político, lo que opera como un factor de atracción, como un estímulo para la aventura familiar que significa la travesía y el ejercicio decisionista.

El agravio como fuente de deseo se atempera en los momentos en los que el sujeto populista se encarna en las familias. Evidentemente no se le excluye, pero se le oculta un tanto, cuando se entra en el terreno de las aspiraciones de futuro. Se le da un papel en la reserva. Reverdece si es preciso: es decir, si a alguien se le ocurre ponerlo en cuestión, debatirlo. Aunque llegado el momento de plantear en positivo las perspectivas de un nuevo orden económico lo pertinente es, como en tantos otros ámbitos de lo concreto, dar por supuesto que se producirá una síntesis prodigiosa que dará cabida a los más dispares anhelos. El nuevo país satisfará las expectativas del tendero que es propietario de una tienda de zapatos y que aspira a un modelo de actividad económica que propicie el comercio de proximidad tanto como las y del economista que evalúa datos de la región asiática –aunque proceda de una casa en la que se producía ratafía tradicional- y quiere un país “donde todos los proyectos sean posibles”¹⁴.

¹¹Véanse, por ejemplo, los perfiles siguientes: <https://www.araeshora.cat/es/perfil/carlota>
<https://www.araeshora.cat/es/perfil/ramon2>

¹²Véanse, por ejemplo, los perfiles siguientes:
<https://www.araeshora.cat/es/perfil/narcis> <https://www.araeshora.cat/es/perfil/pere>
<https://www.araeshora.cat/es/perfil/pep>

¹³Véase, por ejemplo, el perfil siguiente: <https://www.araeshora.cat/es/perfil/albert>

¹⁴Véanse, por ejemplo, los perfiles siguientes: <https://www.araeshora.cat/es/perfil/ferran1>;

En realidad, los ejemplos citados son los que se encuentran destacados en la página web de la ANC, pero no fueron los únicos ni siquiera, en su momento, los más comentados. La ingenuidad era un valor añadido que permitía destacar el carácter singularmente populista del *procés*. Constituía la mejor demostración de que el proceso tenía sólidos *micro fundamentos* (OVEJERO, pos. 2025-2027). Y que estos eran la forma de hacer inteligible el movimiento ante sus protagonistas y para los observadores externos. Un movimiento sostenido sobre la determinación de la posibilidad de que la humanidad cambiando su mundo y convertirse en el fabricante de su propia historia.

Los referidos micro fundamentos, todos ellos, remitían en última instancia al éxito de una autopercepción de la sociedad catalana –o de la amplísima fracción de la misma instalada en una cultura nacionalista- que podría designarse, si se me permite el juego analógico, de periclea. La catalana habría sido, y seguía siendo en tanto en cuanto se sustraía de la influencia española –la estatal y la que no lo era- una comunidad caracterizada por un equilibrio casi perfecto entre lo público y lo privado, entre el uso de la razón y el recurso a la pasión –el *seny* y la *rauxa*, en terminología doméstica de largo recorrido-, entre el pensamiento y la acción. Una comunidad que, de natural, optaría, más que las de su inmediato entorno estatal y en sintonía con las sociedades democráticas del centro y norte de Europa, por hacer el bien. Un grupo humano que, como en los mejores momentos de la Atenas de Pericles, sería paradigmáticamente incorruptible y funcionaría mediante unas reglas de juego que hacían compatible el cultivo de los propios intereses y la defensa de la propia reputación con la cooperación activa en el bien de la nación.

El argumento contiene un potencial de transversalidad enorme. La utopía sería el restablecimiento del bienestar general, en una sociedad imaginaria privada de conflictos – o con estos atemperados de forma natural por el *volkgeist* nacional- y orientada, toda ella, a un fin común. En ello podían coincidir desde la izquierda anticapitalista hasta los partidarios de un Estado tan mínimo como propio.

4. FRENTE AL CANSANCIO

En algún momento dado la simple expresión de deseos puede agotar. La utopía puede resultar en un desastre y el sujeto populista deshilacharse. O, simplemente, pueden aparecer dudas. Hay que echar mano, entonces, de las certidumbres. Recordarlas. Científicos y economistas, juristas y politólogos, sociólogos y empresarios son llamados a avalar en base a su experiencia y desde su conocimiento específico el hecho incuestionable que la independencia permitirá un salto adelante en sus respectivos campos de saber así como, por extensión, en los distintos ámbitos de la vida social del país. Un ejemplo prototípico de estos avales científicos contendría los siguientes ingredientes: una primera referencia a la derrota en una guerra civil que comportó la destrucción, o el ostracismo, del talento catalán. La mediocridad intelectual de los primeros tiempos del franquismo se empezó a superar lentamente debido a la iniciativa de jóvenes que salían al exterior y renovaban a su vuelta el estólido panorama interior¹⁵.

A efectos de entender desde que registros ideológicos estamos hablando en esta clase de avales a la utopía es conveniente observar que, al referirse a esos jóvenes, o no tan jóvenes, regeneradores, se hace uso en no pocas ocasiones del sintagma *emprenedors* (atiende al doble sentido de tener iniciativa y de participar con decisión de los valores del mercado como regulador, también, de la actividad científica y de la producción intelectual). Bien, llegados a este punto se acostumbra, por mor de no complicar la argumentación, a hacer un salto en el vacío que nos lleva del incipiente renacimiento a la plenitud del hoy. Esta tendría dos caras. Una es la brillante, la que refulge gracias a las iniciativas que, por lo que parece, ha podido llevar a cabo la Generalitat. En este orden de cosas el balance negativo es ocasional y, como en el caso de darse episodios de corrupción, resultado del efecto contaminante de lo español. El problema surge porque esos investigadores, esos científicos –y el lector u oyente entiende que esos empresarios, esos comerciantes, esos profesores, esos... lo que sea- han tenido que desarrollar su actividad en un terreno de juego en el que está presente el “modelo burocrático anticuado de los ministerios españoles”. El modelo al que da continuidad una mezquina política de becas –la que

<https://www.araeshora.cat/es/perfil/ricard1>

¹⁵Véase <http://www.cientificsperlaindependencia.cat/>

despliega el ministerio- y que asegura la continuidad de las prácticas endogámicas y caciquiles de grupos de investigación cerrados y altamente jerarquizados. Todo ello va en detrimento de la creatividad, el talento y la capacidad de innovación de las nuevas generaciones. De manera un tanto problemática con la parte previa del argumento se incorpora aquí el elemento liberal tan del gusto de los catalanes: toda esa capacidad se desarrollará en plenitud si el nuevo estado es capaz de adoptar un modelo que premie la excelencia y no el café para todos –por el camino, puyazo al Estado de las Autonomías.

En un momento u otro se incorporará al hilo conductor de la exposición el déficit fiscal y el expolio estructural. Incluso, los más exagerados, aunque en rigor sean los menos útiles para el mantenimiento de la pulsión movilizadora, recuperan la tesis de la dominación colonial y de la catalanidad como *negritud*. Lo que refuerza el *procés*, más allá de los núcleos agresivamente militantes, no son estas analogías desaforadas sino la confirmación de las propias virtudes. El catalán reafirma su confianza en el *procés* y el carácter munífico del nuevo Estado, si hacemos caso omiso al factor clave de la reacción a lo que perciben como agravios emocionales, desde la certeza de que los recursos que ahora les son hurtados obtendrán unos rendimientos portentosos –como todo el mundo sabe *els catalans de les pedres en fem pans*- dada la aplicación de esas maneras eficientes, y competitivas, de gestionar que derivan de un espíritu nacional propio. Por lo demás, y aunque de momento no se sepa, hasta España resultará beneficiada. Su competitividad aumentará dado que los catalanes seguirán estando ahí, en los laboratorios médicos y en los observatorios astronómicos, pero no como miembros de una comunidad autónoma sino de un país independiente. En otras palabras, ayudarán a internacionalizar la ciencia española.

Al cabo, el populismo, y el sueño de la casa solariega, redime, dicen, no sólo a los propios.

BIBLIOGRAFÍA

ANDERSON, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* [1983]. Traducción Eduardo L. Suárez. México: Fondo de Cultura Económica.

BENJAMIN, W. (1991). *Gesammelte Schriften*. Frankfurt: Suhrkamp. T. II. <https://archive.org/details/GesammelteSchriftenBd.2>

JESI, F. (2014). *Spartakus. Simbología de la revuelta* [2000]. Prefacio y cuidado de la edición de Andrea Cavalletti. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

LACLAU, E. (e-book 2012). *La razón populista* [2005], Traducción de Soledad Laclau. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

LO CASCIO, P. (2016). “El Procés i el final d’un cicle polític”, en *L’Espill*, 51, pp. 26-46.

LÓPEZ, J. (2011). “Del dret a l’autodeterminació al dret a decidir. Un possible canvi de paradigma en la reivindicació del dret de les nacions sense estat”, en *Quaderns de Recerca*, 4. Barcelona: UNESCOCAT.

MANNHEIM, K. (e-book 2010). *Ideología y utopía: introducción a la sociología del conocimiento* [1941]. México: Fondo de Cultura Económica.

MORENTE, F. (28 de marzo de 2015). “Tristes tópicos”, en *El País* (ed. Catalunya), http://ccaa.elpais.com/ccaa/2015/03/27/catalunya/1427480384_245227.html [Consulta: 03 de octubre de 2016].

MUMFORD, L. (2013). *Historia de las utopías* [1922], Logroño: Pepitas de calabaza.

NOGUERA, A. (2015). “Reflexiones y retos en torno a la construcción colectiva del derecho a decidir en Catalunya” en <http://gruporuptura.org/wp-content/uploads/2015/01/a.-noguera-reflexiones-y-retosentorno-a-la-construccion-colectiva-del-derecho-a-decidir-en-catalunya.pdf> [Consulta: 03 de octubre de 2016].

NOZICK, R. (e-book 2014). *Anarquía, Estado y Utopía* [1974]. Prólogo de Luis Diego Fernández. Nueva York: Innisfree.

OVEJERO, F. (e-book 2014). *La quimera fértil. El despropósito de la teoría de la historia* [1994]. Barcelona: Icaria.

SMITH, A. D. (1998). *Nationalism and Modernism*. London/New York: Routledge.

UCELAY DA CAL, E. (1982). *La Catalunya populista. Imatge, cultura i política en l’etapa republicana (1931-1939)*. Barcelona: La Magrana.

UCELAY DA CAL, E. (2008). “¿Más que un club? Examen de un relato persistente. El mito

Ciudadanía, pueblo, tripulación y paisaje. Cuatro notas acerca del *procés*

de la sociedad civil catalana”, en *Barcelona Metròpolis*, 71, pp. 46-57.

VILALTA, R. (2016). “Orgull gris brut”, en <https://rogervilalta.wordpress.com/2016/01/16/orgull-gris-brut/> [Consulta: 03 de octubre de 2016].